DESDE **6** AÑOS

Genio de alcachofa

Cecilia Beuchat

Ilustraciones de Cristina Espinoza

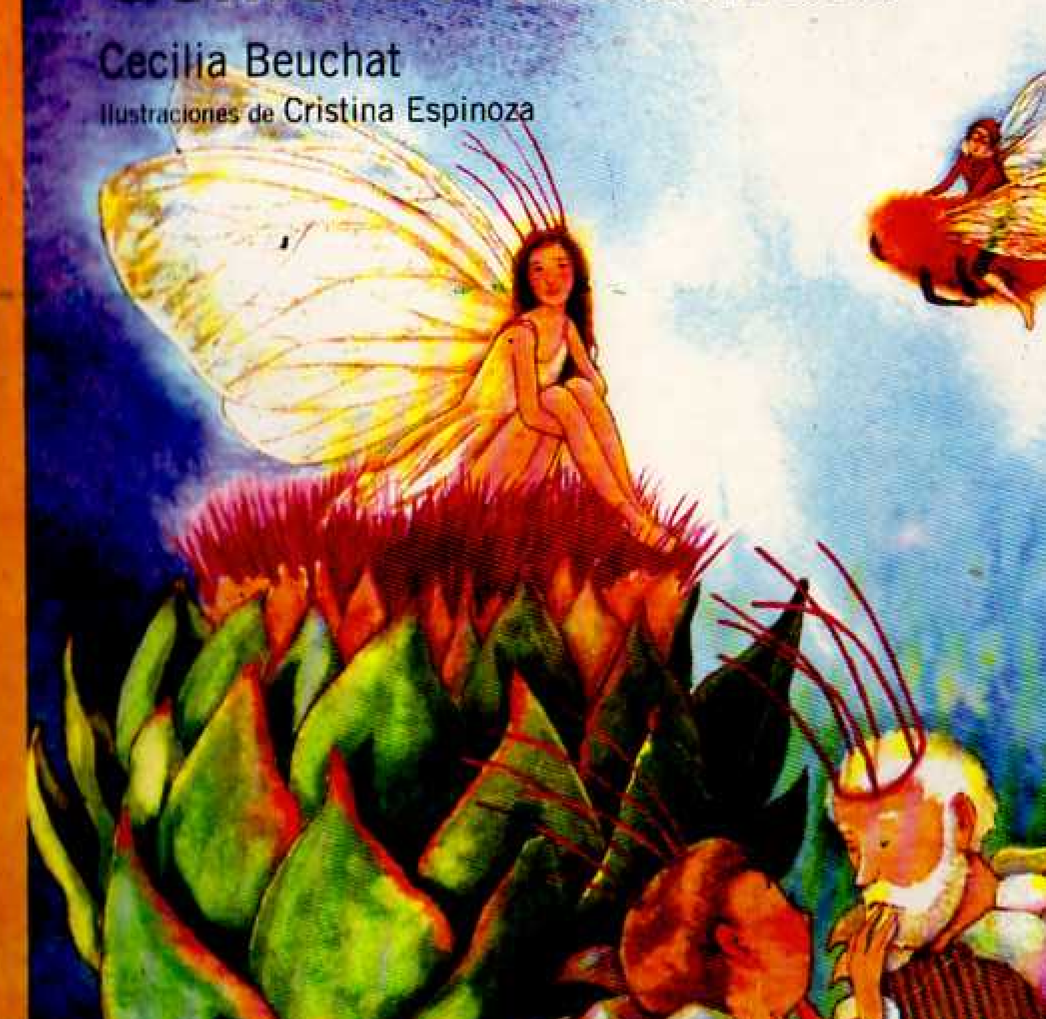
En el reino de los genios de las alcachofas, suceden muchas cosas sorprendentes.
La princesa tiene un carácter especial, pero de día, junto a una poza, descubre algo que la hará cambiar.







ALFAGUARA INFANTIL



Genio de alcachofa

Cecilia Beuchat

Ilustraciones de Cristina Espinosa



ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL



El rey y la reina de los genios que habitan en las plantas de alcachofas, estaban muy preocupados: su hija, la más joven de la familia real, siempre tenía carita de pena y casi nunca se le veía sonreír.

—¿Por qué no invitas a alguna amiga? —le decía la mamá reina.

—No quiero —contestaba la princesa —y se pasaba horas entre las abundantes hojas de su palacio, sin hacer nada.

—No es posible que no quiera juntarse con nadie —se lamentaba el papá rey.

Entonces, los soberanos de las alcachofas decidieron tomar el toro por las astas o, como se dice en el Reino de las Flores, agarrar la frutilla por el tallo, y organizaron una gran fiesta sorpresa.

La pista de baile se levantó al pie de las matas de alcachofa más grandes; un conjunto de grillos y pájaros fue contratado para animar la velada y las luciérnagas se encargaron de la iluminación.

La reina les solicitó personalmente a las mariposas, que llevaran las invitaciones a todas las flores donde vivieran genios de la edad de su hija y les pidió a todos guardar el secreto.





Por fin, llegó el día elegido. La princesa alcachofa se encontraba como de costumbre entre unas hojas con la mirada perdida en el espacio, cuando escuchó cerca de allí una hermosa melodía. Las luciérnagas encendieron sus lamparitas y como en el cielo había luna, la pista de baile adquirió un hermoso brillo.

Curiosa, bajó hasta el lugar y cuál no fue su sorpresa cuando, de pronto, vio aparecer a numerosos genios, que se acercaban cantando.

Los invitados lucían hermosos: los que habitan en las amapolas, en las flores de azahar, los jazmines, las flores del café, en fin, genios venidos de muchos lugares y que ella conocía

desde pequeña. También llegaron varios, que vivían en otras matas de alcachofa y todos la saludaron con cariño.

La princesa no sabía qué hacer. Sólo se limitaba a sonreír tímidamente y la verdad era que le asustaba mucho tener que hablar con todos ellos.

A medianoche, se ofreció un rico néctar con polen, acompañado de todo tipo de algas saladas, traídas desde lejos por una bandada de gaviotas.

La fiesta era todo un éxito y los genios bailaban hasta caer al suelo. Todos reían y comentaban lo bien que lo estaban pasando. Todos, menos la princesa, que permanecía en un rincón, mirando a los invitados.





Varios genios quisieron sacarla a bailar, pero ella no aceptó. La mamá y el papá, ocultos detrás de unos tallos, observaban preocupados.

Algunos invitados se habían dado cuenta y comentaban entre ellos:

—¡Qué rara es! No quiere bailar, no conversa con nadie... Si alguien se acerca, ella contesta en forma brusca o tartamudea. Se pone colorada sin motivo alguno y siempre está en un rincón.

A la mañana siguiente, la mamá reina le comentó a su esposo:

—No sé qué vamos a hacer con esta hija nuestra, si sigue así.

Y el papá rey que deseaba seguir durmiendo, no pudo hacerlo, por lo preocupado que estaba.

Pasó el tiempo y la princesita no cambiaba. Es más, parecía cada vez más huraña y tímida y sus amigas se habían alejado de ella.

Un día estaba ella contemplando una poza de agua que se había formado cerca del palacio real, cuando escuchó, de pronto, un zumbido. Miró a su alrededor y descubrió un abejorro que volaba cerca del agua. Observó cómo brillaba al sol y entonces, distinguió sobre el insecto la silueta de un genio alcachofa. Minutos después, el abejorro aterrizó sobre una hoja y el genio se deslizó a tierra.





Allí se encontró, justo frente a frente, con la princesa que lo miraba con curiosidad. Los dos se observaron en silencio.

Por fin, ella haciendo un gran esfuerzo, y en vista de que él no pensaba hablar, le dijo:

—Hoo... la..

Con nerviosismo, él la siguió mirando. Luego, tartamudeando la saludó:

—Hoo... la...

—Hola... —respondió otra vez la princesa, sonriendo al ver la cara del genio.

Una vez más, se produjo silencio entre los dos.

—¿Te pasa algo? —quiso saber ella.

—No... no... no me pasa nada... —dijo él, poniéndose muy colorado.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—Del otro lado de la colina. Estaba ensayando con este nuevo tipo de abejorros... Ya ves, vuelan maravillosamente bien y aterrizan que es una delicia —afirmó el genio.

En cuanto comenzó a hablar de los abejorros, su voz cambió y su tono se volvió más seguro.

—Me encanta volar. A veces lo hago sobre una libélula, otras, sobre moscardones. Una vez viajé en un gorrión y hace algunos días llegué hasta el mar en una gaviota. Claro que prefiero estos abejorros —dijo él, entusiasmado.





—¿De veras? ¿Hasta el mar? —preguntó la princesa sorprendida—. Eso está muy lejos.

El genio se sonrojó un poco y bruscamente, cambiando de tema, señaló:

—Mira, te haré unas demostraciones. Puedo volar con este abejorro muy cerca del agua, sin mojarme.

El genio se subió al insecto y ambos despegaron con un gran impulso. Ya en el aire, le dio la orden de acercarse al agua y en un vertiginoso vuelo, comenzaron a hacer piruetas de todo tipo.

La princesa los miraba sorprendida. Una y otra vez, el genio montado sobre el abejorro pasaba volando por delante

de ella, rozando casi el agua, volviendo a elevarse por el aire.

—¡Mira qué maravilla! —le gritaba el genio, eufórico—. ¡Esto es volar de verdad...!

De pronto, sin que ella pudiese pestañear, el abejorro, al tomar una curva, no calculó bien y cayó estrepitosamente. El genio salió volando y terminó también en el agua.

La princesa quedó paralizada, pero luego de unos segundos reaccionó y se acercó a la orilla lo más rápido que pudo. Con toda su fuerza, se subió a una hoja y remó hasta el lugar del accidente.





Casi sin respirar y cansadísima por el esfuerzo hecho, sacó al genio que ya estaba medio ahogado.

El abejorro, luego de patalear un rato, logró tomarse de una ramita y se salvó. Apenas se secaran sus alas, volaría lejos de allí y ya no serviría de avión para nadie más.

La princesa intentó reanimar al pobre genio, que sacudía sus alas y su cuerpo totalmente mojados y que tosía y escupía hojas que había tragado al caer en la poza. Pero él sólo se daba vueltas, y no deseaba que ella lo viera así.

—Ándate... no quiero que estés aquí... —gritaba desaforado, dando vueltas en círculo.

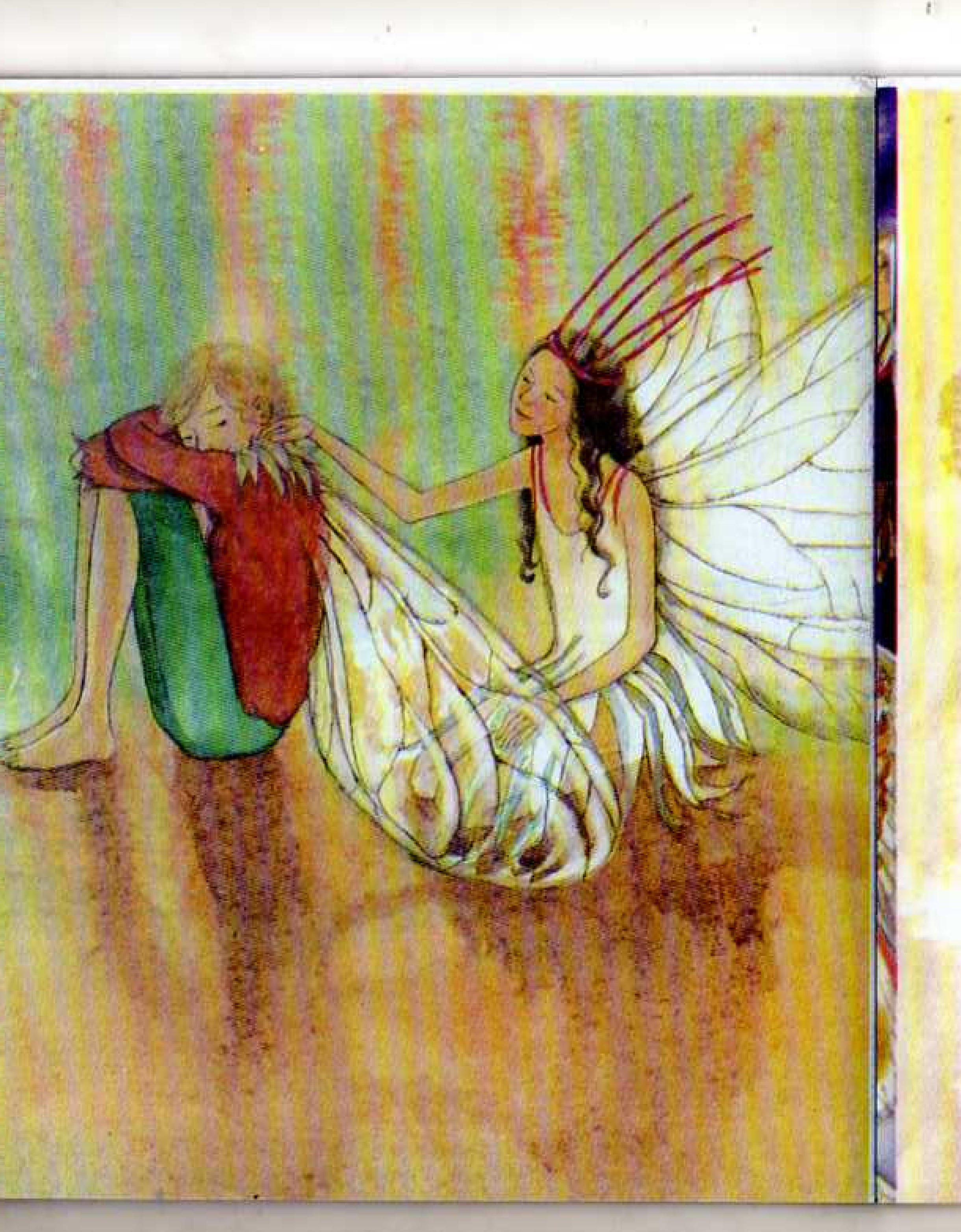
La princesa sintió que un gran calor le subía desde muy adentro y con voz muy fuerte le señaló:

—¡Eres un mal agradecido...! Te salvé la vida y me tratas así...

Entonces sucedió algo muy especial. El genio se sentó sobre las hojas y llevándose las manos a los ojos se puso a llorar amargamente.

La genio no sabía qué hacer. Al verlo tan indefenso, tan desvalido, no se le ocurrió nada más que acercarse y hacerle cariño en las orejas, que es la caricia favorita de todos los genios de las flores. El se desahogó llorando un buen rato y luego apoyó su cabeza





en su regazo y secó sus alas, batiéndolas como si fueran un abanico.

Ambos permanecieron un buen rato en silencio. Ella sabía lo que era sentirse así y también había aprendido que en esos momentos no se tienen ganas de decir nada.

Ya al atardecer, cuando el sol apenas se veía en el horizonte, el genio la miró con ternura y le dijo una sola palabra:

—Gracias...

Luego, cuando la luna se asomó por los matorrales, el genio confesó:

—Quería impresionarte... Estuve en tu baile y no me atreví a acercarme. Soy muy tímido... ¿sabes?

Ella se sonrojó y esta vez el rubor en sus mejillas brilló más hermoso que nunca.

—No me atreví a sacarte a bailar —siguió contando el genio.

Mientras él hablaba, ella seguía acariciando sus orejas y sacudiendo sus alas para secarlo bien.

La princesa le contó entonces que a ella le pasaba lo mismo.

—Debe ser porque me siento un poco fea con estas hojas verdosas y puntudas. Me habría gustado tener pétalos blancos o color rosa y vivir como genio de un jazmín —confesó.

—A mí no me parecen tan feas —opinó el genio.





Y esa tarde, cuando salieron las estrellas, pudieron ver cómo el amor había nacido entre los dos genios.

La Madre Naturaleza, que anda siempre por allí observando lo que ocurre en su reino, resolvió hacerles un regalo a los jóvenes enamorados: a partir de ese momento, todas las flores de alcachofas se convertirían en delicioso manjar. Todos nosotros lo podemos comprobar cada vez que nos sirven una alcachofa: poco a poco, a medida que la vamos deshojando, se nos anuncia que allí dentro, se oculta un tierno corazón.